

A las clases trabajadoras les diría, en fin: "Se os extravía con falsas doctrinas; se excita vuestra ambición con vanas esperanzas. A los que os llaman á las armas no los escucheis, quieren cubrirlos de deshonor, así como á vuestras familias y despues llevaros al cadalso; conocedles bien y guardaos de dejaros arrastrar por sus perversos discursos, ó alucinar con sus mentidas promesas. El verdadero honor, la sólida providad consisten en vivir del trabajo y conformarse con el estado en que la Providencia lo ha colocado.—Vuestro verdadero amigo es el sacerdote católico El os protegerá, os conducirá siempre por el sendero del honor y de la prosperidad. Ved á vuestro único amigo. Su fé, su Evangelio, su iglesia, valen más que los clubs á donde se os arrastra, más que las palabras sediciosas con que se os alucina, más que las armas que se os distribuyen. Ved, pues, el amigo, á quien únicamente debeis escuchar.

CAPITULO XXV.

ESTADO DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

¿Cuál es el estado del Sacerdote católico en medio de esta sociedad sin Dios? Es un estado de violencia, un estado contra la natural; son los dos extremos; todavía más, es la vida estrechada por la muerte. El Sacerdote es un extranjero en su patria, en medio de sus conciudadanos, en el seno de su familia; su patria, sus conciudadanos, su familia, no lo comprenden, no lo conocen. En los días en que vivimos, el Sacerdote católico ha perdido mucho de su dignidad, de su consideración, de su influencia. Su autoridad sobre las masas, no la tiene ya sino por sus cua-

lidades personales. El individuo es respetado, no el cuerpo; se estima al hombre, se desprecia al Sacerdote; esto es deplorable, pero es un hecho que se palpa. Para no comprenderlo, sería necesario ser extraño al espíritu del mundo.

¿Cuál es pues la causa de esa nulidad profunda á que el Sacerdote católico está reducido? ¿Acaso porque su ignorancia contraste con las luces del siglo en que vive? No lo creemos así, porque el clero de hoy es generalmente instruido. Cierto es que hubo un tiempo en que precisada por las circunstancias, la Iglesia se vió obligada para llenar sus huecos, admitir al santo ministerio aun á sus mismos neófitos y á Sacerdotes poco instruidos. No se nos venga ahora arguyendo con aquellos tiempos excepcionales. ¿Es culpa acaso del Sacerdote católico, que el hacha revolucionaria haya cegado tantos santos é ilustres ministros? ¿Lo es tambien porque durante muchos años, atravesando por tiempos tan difíciles, le fuera imposible formar levitas para el servicio del santuario? Por otra parte, no se crea que para el Sacerdote católico sea útil, es necesario que tenga la ciencia de un Bossuet. Con el conocimiento de los libros Santos, con las reglas de la moral cristiana unidas al buen sentido y á una sólida piedad, el Sacerdote cató-

lico podrá prestar los más preciosos servicios. Con solo la explicacion de los mandamientos de la ley de Dios, difundirá sobre el pueblo los principios de orden, de justicia, de sociabilidad; mientras que con su falsa ciencia tantos otros no hacen más que llevar al cuerpo social los gérmenes de disolucion y de muerte. ¿En qué tiempo fué más violentamente agitada la Francia, por ejemplo, sino cuando abundaba en aquella clase de falsos sabios? ¿Cuándo los principios de orden fueron más indignamente atacados y desconocidos que entónces? ¿Y todos estos desórdenes fueron por la conducta del Sacerdote ó por sus costumbres? No por cierto. Es inconcuso que desde que la revolucion ha arrojado su mortífero aliento sobre tantas rosas del santo ministerio, no ha dejado por doquiera más que espinas: ¿y qué ha resultado? Que las vocaciones se han depurado: nunca el cuerpo sacerdotal ha ofrecido á los pueblos, en su conjunto, un espectáculo más bello de regularidad, de decencia y de virtud, que cuando el torrente desbordado de la revolucion se cebó sobre ese cuerpo para exterminarlo. ¿Será pues por su ambicion? La legislacion actual lo ha despojado de casi todas las prerogativas de ciudadano. El Sacerdote está excluido de todo empleo civil: no se le ha deja-

más que su santuario, hasta en el que se ha pretendido penetrar. ¿Será por su riquezas? ¿Quién lo dirá, cuando el Sacerdote católico apenas percibe con que subsistir mientras que los empleados de cualquiera administracion disfrutan de abundantes sueldos, y en caso de impotencia por su edad y enfermedades, pueden aspirar á una pension, á un retiro que asegura sus últimos dias?

Luego la causa del mal está en otra parte; está, si no nos engañamos, en la constitucion social. En efecto, mientras que todos los otros estados de la sociedad están regulaamente constituidos, y tienen su gerarquía determinada, sus derechos reconocidos, sus leyes fijas, su disciplina especial, solo al clero se le quiere privar de todas estas ventajas. En tanto un cuerpo es poderoso, en cuanto que por la union de sus miembros resulta el concierto de todos; pero los del clero, se pretende separarlos, como soldados de un ejército licenciado. No se quiere que nuestros Obispos tengan relaciones con el Gefe superior de la Iglesia, y muchas veces, ¿lo creeriais? se les impide que se reunan para concertar entre ellos los asuntos de su resorte.

La posicion del clero católico, es pues falsa, humillante; su accion está paralizada, su influencia inactiva, impidiéndole elevarse á la altura

de su mision, y ponerse al nivel de las necesidades actuales del pueblo. Nada puede emprender algunas ocasiones, nada hacer, nada impedir. Nunca los pueblos han tenido más necesidad de su direccion como ahora, ni nunca más dificultad que al presente para impartírsela. Tal estado, lo decimos con dolor, no podrá dudar por mucho tiempo sin que venga un gran peligro sobre nosotros, sin que se exponga la religion y aun el mismo órden social.

Lo hemos dicho ya; al Sacerdote católico es deudora la Francia, así como todas las naciones de su civilizacion, de sus luces, de sus instituciones liberales; al pueblo, á él debe sus franquicias, sus libertades. Todavía ahora el clero católico es el cuerpo más recomendable por su educacion y sus luces, por sus virtudes. ¿Cuán poderosa no podría ser su influencia en la sociedad si tuviera todas las condiciones de su existencia? El lleva en sí el porvenir de la religion, base única de la felicidad y de la prosperidad de los pueblos.

Para colocar al Sacerdote católico en su estado normal, es necesario dotarlo con su primera constitucion. Ved á la Iglesia, ella ha atravesado por diez y ocho siglos enteros. ¿Qué la ha hecho triunfar de los obstáculos que ha encontrado

en su curso? Su sola organizacion: ha marchado constantemente como un ejército en orden de batalla. Apoyada sobre su constitucion secular desafia siempre á sus enemigos, y prospera en todos los estados católicos. Para regenerar al Sacerdote en Francia, y otras partes, basta pues hacer cesar ese estado excepcional en que vive, y ponerlo en armonía con el resto de toda la catolicidad. (1)

[1] Hemos leído, relativamente a este asunto, un excelente libro: *Estado del clero en Francia*. A él remitimos á nuestros lectores que no conozcan la antigua constitucion del clero. No ha entrado en nuestro plan darla á conocer.

CAPITULO XXVI.

LO QUE SUCEDA Á LA FRANCIA,
Ó Á CUALQUIERA OTRA NACION, SI ESTE ESTADO
DE COSAS PERMANECE

· Cuando el coloso romano puso el pié sobre el Africa y el Asia, un autor escribió estas palabras: *Los acontecimientos arrastran al mundo á cierta unidad*. Y lo que pasaba entónces, ¿no se está renovando hoy. . . ? A pesar de todas sus disenciones, reales ó aparentes, las naciones cristianas de Europa y de América tienden á la unidad. Otórguense ciertas concesiones que son